

Antonio Raimundo IBÁÑEZ, *Discursos económico-políticos sobre la restauración de los montes y plantíos en España (1802)*. Edición y estudio preliminar de Joaquín Ocampo Suárez Valdés, Xunta de Galicia y Real Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo, 2009, 190 pp.

El dos de febrero de 2009 se conmemoraron los doscientos años de la muerte violenta, como consecuencia de un grave tumulto, de Antonio Raimundo Ibáñez, popular e historio-gráficamente conocido como el marqués de Sargadelos. La efemérides ha propiciado la edición de uno de sus escritos inéditos acompañada de un excelente estudio preliminar por parte de Joaquín Ocampo. El personaje, desde luego, lo merece, pues es uno de los más llamativos que conoció la segunda mitad del siglo XVIII español en el ámbito de las actividades comerciales e iniciativas industriales. Asturiano nacido en 1749 en Santa Eulalia de Oscos, su fama y riqueza, así como el lugar –pequeño o grande, según se mire– que ocupa en la historia económica del siglo ilustrado los labró en tierras gallegas.

No es mi intención efectuar una aproximación detallada al personaje y su tiempo, pues eso lo lleva a cabo, con solvencia y claridad, Joaquín Ocampo en su estudio preliminar; aunque sí me gustaría destacar algunos pasajes de su contribución, a sabiendas de que debiera corresponder al texto inédito de Ibáñez el protagonismo de esta publicación. Es mérito de Ocampo, sin embargo, sumergirnos en una amplia reflexión –casi 130 páginas– en la que repasa con agudeza crítica, a la par que actualiza, las contribuciones que en torno a la figura y actividad del marqués de Sargadelos han ofrecido los historiadores desde el siglo XIX. Pero no sólo esto, pues al hilo de sus comentarios formula hipótesis de trabajo susceptibles de ayudar a reinterpretar la trayectoria de Ibáñez, a la vez que sugiere la consulta de determinados fondos documentales en los que bucear a la búsqueda de respuestas a los interrogantes que todavía subyacen.

Forjado en la actividad comercial, el carácter emprendedor de Antonio Raimundo Ibáñez le conduciría a poner en marcha empresas de importancia en el sector industrial, fundamentalmente el siderometalúrgico, en una coyuntura especialmente compleja y delicada para la economía española motivada por los constantes conflictos bélicos del último tercio del siglo y la situación de quiebra de la Hacienda. El punto de inflexión que supuso la guerra contra la Francia de la Convención, con la destrucción de las instalaciones dedicadas a la producción de armas y material bélico, lo aprovechó convenientemente Ibáñez. En un contexto de incapacidad productiva y de innovación técnica por parte de las empresas y fábricas estatales, desarrollaría Antonio Ibáñez, a partir de 1791, su interesante proyecto en Sargadelos, instalando un alto horno dedicado, en principio, a atender una demanda de carácter estrictamente civil para, al dictado de las circunstancias, saltar al poco a la militar. El éxito, pese al notable rechazo social de la comarca, cabe decir que le

sonrió, pues a principios del siglo XIX el volumen productivo era superior al del complejo siderúrgico santanderino de La Cavada. No obstante, las dificultades derivadas de la oposición de los rentistas y las clases populares locales fueron importantes y cristalizarían en serios altercados como los de 1798, en el que la complicidad de las autoridades, clero e hidalgos fue evidente, y el más grave de 1809, en el que encontraría la muerte Ibáñez. En el fondo de la cuestión, y lo traigo a colación a cuenta del texto inédito que Joaquín Ocampo recupera, subyacían los problemas derivados de la tala de bosques para la obtención de combustible, el acarreo de productos –con las consabidas coacciones– y el duro sistema fabril impuesto desde el principio en Sargadelos. Porque el *Discurso sobre la restauración de los montes* nos conduce hacia otra de las facetas de Ibáñez, personaje de su tiempo donde los haya, y que todavía tiene trechos para investigar. Conceptuado como ilustrado tardío, en vísperas ya del Liberalismo, y tachado de afrancesado por sus enemigos –y ello, a buen seguro, le valió la muerte–, sus relaciones con otros ilustrados –Jovellanos y Flórez Estrada, entre otros–, con científicos y técnicos –Betancourt o Sureda– o con conspicuos miembros de la élite cultural y política cortesana, bien merecen, como propone Ocampo, estudios similares a los que sus otras actividades han deparado.

Su faceta publicística, conocida al menos en su vertiente cuantitativa –se sabe cuantos escritos alumbró su pluma, aunque no todos se conozcan–, ofrece un interés que, en todo caso, se vincula con sus restantes actividades. No resulta ocioso que redactase sus informes a golpe de necesidad o de interés por la cuestión que le ocupara en esos momentos. Pese a su evidente carencia de sistemática y de carga teórica, convenientemente puesta de manifiesto por Joaquín Ocampo, sus reflexiones trasladadas al papel dibujan el perfil de un hombre pragmático y utilitarista; tal cual fue el siglo ilustrado. Su *Discurso* de 1802 destila un evidente aroma ambientalista y pretende poner sobre el tapete uno más de los problemas que la dialéctica hombre-naturaleza ha provocado en toda época. Durante la Edad Moderna el pensamiento ambiental estaría presente en muchos autores que tenderían a construir, en torno al mismo, enunciaciones de signo económico y político. Y no olvidemos que el siglo ilustrado conoció un proceso que condujo a la reformulación de las relaciones entre el hombre y la Naturaleza. De ahí que a la concepción determinista que consideraba que las fuerzas naturales influían poderosamente en el ser y en el comportamiento moral de los humanos se añadiera, ya en las postrimerías del siglo XVIII, otra corriente de futuro, en la que el hombre aparecía como un ser capacitado para modificar el medio natural gracias a su trabajo y creatividad.

Las amenazas que se cernían sobre los bosques españoles –consecuencia, entre otras cosas, de la política de recuperación de la Armada que inauguraron Patiño y Ensenada– son adecuadamente expuestas por Joaquín Ocampo en la parte final de su estudio preliminar, que sirve de pórtico al texto de Ibáñez, del cual destaca tanto sus carencias formales como de contenidos, lo que no es óbice para que reconozca su capacidad de síntesis y su ya comentado talante pragmático. Todo ello dentro de la notable paradoja que constituye que un empresario siderúrgico de las postrimerías del siglo XVIII, por antonomasia devorador de madera para mantener sus instalaciones, se lanzara a reflexionar sobre estos asuntos.

El lector encontrará en este libro un magnífico, por lo crítico y exhaustivo que resulta, estado de la cuestión referido a los aportes historiográficos existentes a día de hoy sobre Antonio Raimundo Ibáñez. Estado de la cuestión que se completa con un espléndido

do ejercicio de historia en el que se mezclan las variables económicas con las culturales y políticas, pleno de sutiles sugerencias, que nos sitúan a la perfección al protagonista en su contexto y nos ayudan a entender mucho mejor esos años postreros del siglo XVIII español y los primeros del XIX en los que una Ilustración tardía, prisionera aún de resabios del Antiguo Régimen, pugnaba por asomarse a ventanales más amplios para aspirar aires más limpios y libres. Aunque en ello les fuera la vida a algunos. El profesor Joaquín Ocampo, aparte de regalarnos con la edición de un interesantísimo texto inédito del marqués de Sargadelos, nos ha procurado con su estudio preliminar un excelente instrumento para comprenderlo.

ARMANDO ALBEROLA ROMÁ